

*Laudatio del Profesor Doctor D. José Jesús de Bustos Tovar
con motivo de la investidura como Doctor "Honoris Causa"
del*

Excmo. Sr. Dr. D. Germán Colón Doménech

Magfco. y Excmo. Sr. Rector, Ilmas. autoridades académicas, señoras y señores claustrales, señoras y señores:

De entre los muchos momentos gratos que ofrece la vida académica, ninguno lo es más que aquel que permite honrar a uno de los grandes maestros de la filología románica e hispánica, como es el caso del profesor Germán Colón Doménech. Tanto más grato es para mí este acto cuanto que no hablo sólo en mi propio nombre sino en el del Departamento al que pertenezco que, sin duda más por viejo que por sabio, tuvo la deferencia de designarme para pronunciar esta *laudatio*. Gracias muy sinceras a todas las personas que han intervenido en este proceso y en primer lugar, al propio profesor Colón, que quiso aceptar, con la humildad de los verdaderos científicos y con la modestia de los auténticos sabios, la propuesta que le hacíamos, con la que honramos una vida dedicada íntegramente a la indagación filológica y nos honramos también nosotros al recibirlo como miembro de nuestro claustro de doctores.

Recuerdo perfectamente que cuando yo redactaba mi tesis doctoral sobre los cultismos medievales y revisaba la bibliografía sobre el origen etimológico de muchos de estos términos, me encontré en seguida con el nombre de Germán Colón, no mucho mayor que yo, pero sí mucho más grande en saber científico y en rigor metodológico. Muy lejos estaba yo entonces de pensar que algún día me cabría el honor de presentar ante este Claustro, en nombre de mi Departamento de Lengua española y del Instituto Universitario Menéndez Pidal, que fueron los iniciadores de esta propuesta, y de la Facultad de Filología que inmediatamente la hizo suya, al profesor Colón como doctor de nuestra Universidad.

No es fácil trazar el perfil biográfico y académico del profesor Colón. Su mucho saber, su intensa dedicación a la indagación filológica y su inmensa producción bibliográfica harían de esta *laudatio* una interminable lista de títulos. No cometeré con ustedes tamaña descortesía. Discípulo del gran filólogo alemán Walther von Wartburt, el profesor Colón adquirió la sólida formación que proporcionaba la escuela alemana de filología, a la que ha permanecido fiel durante toda su vida científica. Todos sus trabajos se fundamentan en la meticulosidad con que allega los datos y los interpreta con la máxima objetividad. Catedrático de la Universidad de Basilea desde hace largos años, él mismo ha creado una escuela científica que asegura la continuidad de sus estudios de romanística y de hispanística, que han hecho de Suiza,

especialmente en sus Universidades de Basilea, Lausana, Ginebra y Zürich, uno de los países más hispanófilos en el mundo filológico.

En honor a la limitación temporal que impone un acto como éste, sintetizaré su aportación a la filología en los principales aspectos a los que nuestro nuevo doctor se ha dedicado con singular acierto. Tres son los campos de investigación en los que el profesor Colón ha brillado con luz propia: la filología pura, constituida por la edición de textos medievales no literarios, su constante indagación etimológica y el análisis de los fenómenos de lingüística contrastiva, principalmente en el caso del catalán con el francés y del español con el catalán. Todos ellos están transidos de un amor por las lenguas, la catalana como lengua materna, la española como lengua hermana principalmente, que constituye el rasgo más sobresaliente de su tarea investigadora. El profesor Colón es un historicista *avant la leerte*, en el sentido de que trata de describir los fenómenos que han sufrido las lenguas en su devenir histórico, basándose sólo y exclusivamente en los datos que es posible allegar tras un largo y metucioso recorrido por los textos.

Si yo tuviera que destacar aquí cuál ha sido la preocupación científica que más asiduamente aparece en su obra, elegiría sin dudarlo su aportación a la moderna concepción de la etimología. Colaborador del más importante diccionario etimológico de las lenguas románicas, el *Französisches Etymologisches Wörterburg* (FEW) que concibió y dirigió su maestro von Wartburg, los estudios etimológicos han ocupado una gran parte de su tiempo. Él heredó y perfeccionó la idea de que el origen de las palabras no puede limitarse a señalar su primera datación, sino que es preciso estudiar su evolución semántica, los contextos lingüísticos en que va apareciendo en los diferentes períodos, la relación que establecen unas palabras con otras semánticamente afines, etc. A ello ha añadido el profesor Colón agudas observaciones sobre el parentesco que pudiera existir entre la palabra estudiada y las correspondientes en diferentes lenguas, especialmente, como se ha dicho antes, con el francés, el catalán y el español, aunque no faltan referencias a otras lenguas: italiano, portugués, alemán, aragonés medieval, etc. Son muchas decenas las voces que han pasado por el tamiz del etimólogo. Seguramente el profano ignora hasta qué punto la historia de las palabras nos hace descubrir mundos de relación humana y de nuestro saber de las cosas. Las palabras más humildes adquieren relevancia cuando se estudia su historia. A título de ejemplo meramente anecdótico, tomaremos una de ellas, la voz *hinch*, común al español, al portugués y al catalán, que ha sido estudiada con notable agudeza por nuestro nuevo doctor complutense. Cualquier hablante actual de español en seguida la identificaría en su acepción pseudo-deportiva, como sinónima de ‘seguidor entusiasta de un equipo’, aunque ésta sea, como nos descubre el profesor Colón, una acepción muy reciente (años cuarenta o cincuenta) de origen hispanoamericano y, muy probablemente, de procedencia argentina. En español su significado tradicional es el de ‘encono, animosidad, inquina, tirria’, acepción que, al menos en mi infancia, era de uso corriente entre los niños que asistían a la escuela, como sinónimo del más culto *inquina*, aunque mucho me temo que hoy ni niños ni adultos utilicen muy frecuentemente ninguno de los dos términos. La excusa de que “el maestro me

tiene hincha” era habitual entre nosotros, los niños andaluces, aunque no sé si abundaría de igual manera entre los niños madrileños. Pues bien el, profesor Colón demuestra, aduciendo testimonios arrancados de los textos cuál es el origen de estas acepciones y de las que tiene en catalán y portugués, donde *inxá* puede significar no sólo ‘odio, encono, ojeriza’, sino también ‘injerto’, aunque en esta acepción se trata de un homónimo con el que no debe confundirse. Nuestro uso de la infancia, que había alcanzado ya cierta connotación de vulgarismo, tiene nada menos que el antecedente de la *Primera Crónica General* de Alfonso X el Sabio (1270), donde se dice, lamentando la traición del conde don Julián, “maldita sea la su yra, ca mucho fue dura y mala, ca sandio fue él con su rauia e coraioso con su incha”, además de estar testimoniado posteriormente en autores del Siglo de Oro (Diego de Ávila, Sebatián de Orozco, Cervantes, Quevedo, Gonzalo Correas, etc.), para llegar sin solución de continuidad hasta autores del siglo XX (como Arniches) o actuales (como Juan Goytisolo). Miren ustedes por dónde una voz que en mi infancia constituía un signo lingüístico vulgar que, poco a poco, tratábamos de evitar, poseía una notable tradición histórica, tal como nos descubre el filólogo. Pero al margen de este hecho anecdótico, lo importante en su estudio es la relación que existe entre esta acepción de *hincha* en español, catalán y portugués, mientras que, en cambio, no existe en el homónimo de otro origen etimológico, todavía desconocido, que significa ‘injerto’. No menos agudo es el análisis que se hace de otras muchas palabras, como ocurre con *padraastro*, en la acepción de ‘afección cutánea que afecta al borde la uña’, que pudiera tener que ver con el significado familiar correspondiente. El análisis pone de manifiesto de qué manera el mundo de los sentimientos influye sobre la denominación de efectos concretos; en unas lenguas, como el español será con esta voz; en otras como muestran el aragonés *enemigo* y el catalán *enemic*, para designar la misma afección cutánea, ha actuado otro tipo de referencias, pero el fenómeno semántico es de la misma naturaleza. Las lenguas utilizan los cambios metafóricos y metonímicos para ganar en expresividad, y esto es lo que ha ocurrido, con resultados diferentes, en español, aragonés y catalán. En ocasiones, el objeto de análisis no son sólo las piezas léxicas, sino las agrupaciones fraseológicas, como ocurre con el sintagma *echar de menos*, emparentado con el catalán antiguo *trobar menys* y el aragonés antiguo *trobar menos*. Los ejemplos podrían multiplicarse, pero no es ésta la ocasión para comentar la multitud de términos cuyo origen, evolución semántica y parentesco románico ha estudiado el profesor Colón.

Pudiera parecer que este tipo de análisis, admirable por la meticulosidad y la solidez de la documentación, son aspectos de detalle de la vida de las lenguas, pero cuando este estudio se proyecta sobre centenares de palabras, advertimos de qué modo el origen de los cambios y las relaciones que se han establecido entre ellas a lo largo de la historia reflejan los cambios sociales y, sobre todo, muestran la capacidad de creación colectiva. Esta convicción le permite estudiar el bilingüismo en situaciones históricas concretas, como es el caso, entre otros, del reino de Aragón, fenómeno del mayor interés ya que la situación de bilingüismo se corresponde con el período de formación de lo que políticamente fue, como dice él mismo, reino federado, primero entre Aragón y

Cataluña, después con el añadido de Mallorca y de Valencia a partir de Jaime I el Conquistador. Los documentos de la cancillería real aragonesa le permiten obtener datos preciosos para estudiar cómo el bilingüismo llegó a los escribanos por necesidades políticas y sociales.

Muchos defendemos la idea de que el presente sólo se entiende desde la historia, postulado que se cumple de manera patente en los estudios lingüísticos. Es verdad que los dueños de la lengua son sus usuarios, pero sólo lo son en una dimensión histórica y social. Este principio se olvida con frecuencia, sobre todo cuando se pretende manipular la lengua en función de determinados intereses, sean éstos mercantiles, políticos o ideológicos. La historia reciente nos ofrece abundantes ejemplos; los totalitarismos de uno u otro signo, al igual que ciertos fundamentalismos que se tildan de progresistas, han pretendido cambiar u ocultar la realidad promoviendo cambios lingüísticos (léxicos y gramaticales) por decreto. Será inútil. La decisión de los cambios lingüísticos trasciende a estas manipulaciones, casi siempre groseras, porque será la comunidad de hablantes la que decida en un tiempo histórico impredecible, cuáles de esos cambios adopta y cuáles rechaza, sustituidos por nuevas formas necesarias para que las lenguas conserven su capacidad comunicativa. Los estudios etimológicos, de los que el profesor Colón es una de las autoridades científicas incuestionables, nos lo muestran constantemente. Él nos ha enseñado que “sólo el examen demorado y amoroso de la realidad, con la inevitable asistencia de la dimensión histórica, contribuirá a hacernos ver la fascinante vida de los idiomas, de los nuestros y de los ajenos”. Hermoso propósito, al que muchos de los filólogos actuales nos sumamos, y que el profesor Colón ha cumplido con creces a lo largo de toda su vida.

He dicho antes que una gran parte de sus trabajos tienen como eje vertebral su amor por el catalán. Nacido en Castellón, el profesor Colón es autor de innumerables estudios sobre su lengua materna. No poco ha influido en este interés la situación vivida en la larga etapa franquista. Desde su libro *Lèxic catalán a la Romània*, de los años setenta, no ha cejado en estudiar los rasgos lingüísticos de su lengua materna, especialmente en el plano léxico, con mucha frecuencia desde una perspectiva contrastiva. Que en ello ha influido, junto a su formación filológica, un agudo sentimiento de injusticia es indudable. Él mismo nos lo dice en el prólogo de una de sus obras fundamentales *El español y el catalán, juntos y en contraste*: “No hay nada que defina tanto al hombre como su habla, nada que le afecte de manera tan profundamente. A mí este fenómeno me ha marcado desde la niñez. En la escuela oía una lengua, en la calle o en casa, otra. La cuestión de los contrastes entre español y catalán me ha obsesionado, unas veces deleitándome, a veces angustiándome, hasta el punto de que siempre quise escribir un libro utópico, una especie de aleph, en el que vinieran explicados todos y cada uno de los rasgos distintivos de ambos idiomas...” Pues bien, como él mismo dice, quizás ese libro ideal no exista nunca, pero ha publicado muchos otros en los que ha explicado multitud de casos de parentesco o de diferencia. Y no sólo respecto del catalán y el español, sino del catalán con otras lenguas románicas y germánicas. Su libro, escrito con la colaboración de María Pilar Perea Sabater,

Una nomenclatura catalana-francesa de 1718. Edició i estudi lingüístic, es una brillante muestra de una erudición que no se queda en la mera aportación de datos, sino que los interpreta, mostrando las relaciones existentes entre algunos lexicógrafos españoles, catalanes y franceses, copartícipes de la idea, no alejada de la verdad, de que el vocabulario es un instrumento precioso para interpretar el universo. Nuestro conocimiento de los campos léxicos y de las familias etimológicas en el mundo de origen románico ha encontrado cabal explicación en la multad de artículos que han aparecido en las revistas científicas más prestigiosas.

Entre los lingüistas es bien sabido que los etimólogos forman una subespecie que, precisamente por el rigor que exige su indagación científica, llevan al extremo la utilización de ciertos testimonios, a veces inverosímiles, que refuerzan ciertas hipótesis sobre el origen de determinadas palabras. No es éste el caso del profesor Colón, que siempre ha guardado un recatado respeto hacia el trabajo de los demás. Su carácter reservado y amable no es proclive a ningún exceso dialéctico. Sin embargo, sí es inflexible cuando hipótesis no comprobadas se toman como certezas etimológicas. Entonces saca a relucir su inteligente ironía y su vigor dialéctico. Sirva como ejemplo su artículo “Es *volcà* un lusisme internacional?”, publicado en la *Revue de Linguistique Romane* (tomo 55, 1991, pp. 319-337), cuyo comienzo es antológico. Sin embargo, la agresividad dialéctica repugna a la bonhomía del profesor Colón. Por eso ha contribuido como ningún otro a la comprensión de las lenguas que se hallan en contacto. Él mismo nos advierte de que, “su visión actual es comprensiva y abarcadora y entiende la situación de bilingüismo, no como una contienda, sino como una vía de enriquecimiento cultural y humano”. Permítanme ustedes una breve observación personal a este propósito, que seguramente gozará de la aprobación del doctor Colón: las lenguas tienden a convivir en paz, se ayudan unas a otras mediante el préstamo lingüístico, establecen entre ellas relaciones semánticas y pragmáticas y nos advierten, en suma, de las diferencias y de las coincidencias culturales en la percepción del mundo. Quienes no siempre conviven en paz son sus hablantes y, especialmente, quienes hacen de la lengua signo de bandería y de enfrentamiento, mecanismo de ataque al adversario, a veces convertido en enemigo, convirtiendo el indudable valor identitario de las lenguas y de sus modalidades en arma arrojada contra el adversario político y, a veces, étnico. Germán Colón, el filólogo de labor callada e intensa, no ha podido permanecer ajeno ante afirmaciones absurdas, tales como las que hacen quienes se empeñan en negar, con argumentos que tras hacer sonreír primero provocan tristeza inmediatamente después, la filiación catalana de la modalidad valenciana. Conocedor como nadie de las fuentes idiomáticas en los textos medievales (la publicación de *Les Furs de València*, que él ha dirigido es otra de sus aportaciones fundamentales) y de su continuidad en el tiempo, no puede evitar la indignación intelectual ante quienes se ofenden si se les dice que “Ausias March o el autor del *Tirant lo blanc* son escritores catalanes o que Luis Vives tenía como expresión familiar el catalán. El hombre más pacífico se transforma en enemigo rabioso... Y un filólogo debería callar porque cuatro energúmenos han decidido que las cosas son como a ellos se les antoja que

tendrían que haber sido...” El filólogo, como historiador de las lenguas, no tiene más armas que las de la ciencia, como nos ha enseñado muy bien el profesor Colón. Ello nos hace confiar en que, pasado este período de instrumentalización política y social de las lenguas de España, las aguas volverán a su cauce.

Mucho debemos los historiadores de la lengua española al profesor Colón. No sólo por lo que nos enseñado con su rigor metodológico. No pocas han sido las páginas dedicadas al estudio de la historia y de la historiografía del español. Hace pocos meses publicó su libro *Las primeras traducciones europeas del Quijote*, que, además de su interés lingüístico comparativo, constituye un estudio fundamental para conocer los caminos que siguió la lectura del Quijote en la Europa del siglo XVII. El análisis que hace de la voz *ingenioso* es verdaderamente antológico. En otro ámbito, su interés por la obra de Lebrija y su influencia sobre la gramática del catalán viene de antiguo. Precisamente hoy nos va hablar de su admirado gramático lebrisense. Serán, como tuyas, palabras sabias.

Acogemos hoy en nuestro claustro a un hombre cabal, a un hombre prudente, que ha hecho de la mesura el eje de su comportamiento ético e intelectual. Terminaré recordando unas palabras tuyas verdaderas: “A ningún catalano-hablante le cedo un ápice en pasión por mi lengua materna, pero pocos me superarán en admiración por la espléndida lengua española. Así me he aproximado a las dos, a su historia milenaria de rutas comunes o divergentes, con un cariño que la lejanía geográfica hace más intenso y ampara de los roces de la cotidianidad. Dos instrumentos preciosos, cuyo conocimiento facilitará a los usuarios la racionalidad, la cordura en la consideración de lo diferencial”. La Universidad Complutense se honra en acogerlo entre sus doctores. Bienvenido a nuestra casa, que es la tuya, profesor Germán Colón.

He dicho.